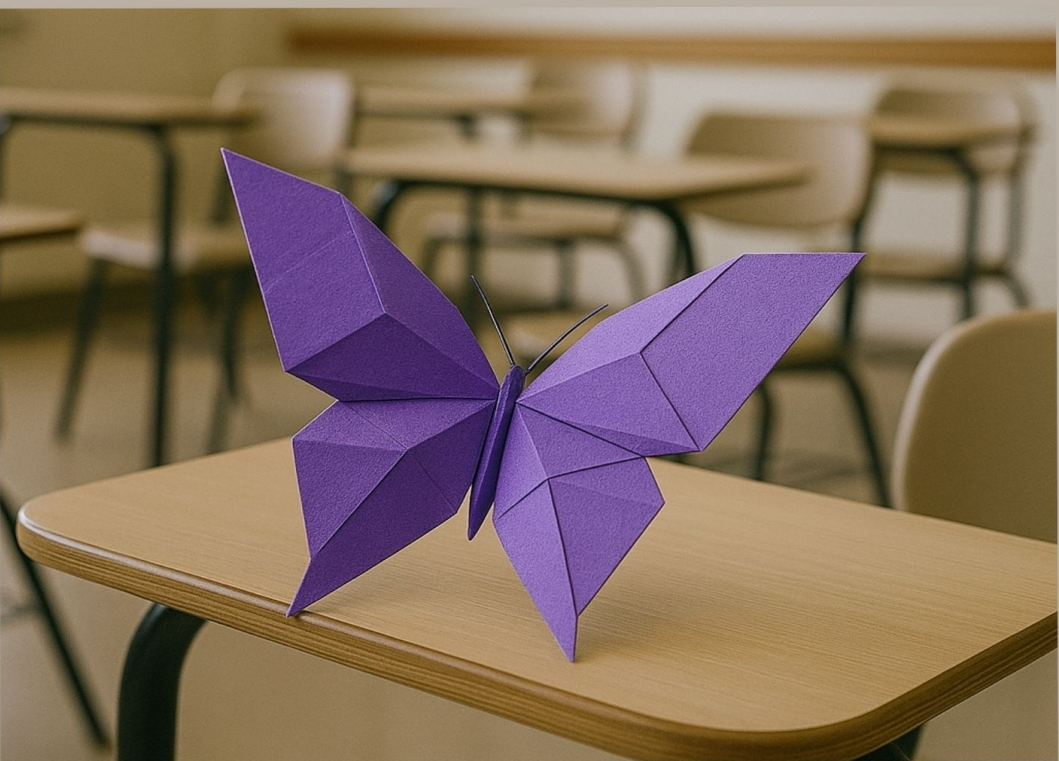


ALAS DE PAPEL

IMELDA QUEZADA
(COMP.)



Alas de papel

Antología literaria

Alas de papel

Antología literaria

Imelda Quezada
(Compilación)

Ome Galindo
(Edición y prólogo)



Asociación de
Literaturas Especializadas A.C.

Primera edición

Agosto de 2025

ISBN: 978-607-29-7278-0

Compilación: Mtra. Imelda Quezada

Edición y prólogo: Dr. Ome Galindo

Ilustraciones de portada e interiores: Dall-E

Todos los textos aquí recopilados son propiedad intelectual de sus respectivos autores. Esta antología ha sido compilada con fines exclusivamente académicos, para fomentar la lectura y la escritura en estudiantes de educación secundaria. La selección, edición y ordenamiento no implican cesión de derechos ni constituyen una obra colectiva registrada.

Los tutores legales de los autores autorizaron la publicación de esta antología según la Agencia ISBN,

Se prohíbe toda reproducción total o parcial, distribución o difusión por cualquier medio, ya sea físico o digital, sin la autorización expresa de los autores y de la compiladora. Las imágenes, textos y diseños contenidos en esta obra están protegidos por las disposiciones legales nacionales e internacionales sobre derechos de autor.

Cualquier uso indebido podrá ser sancionado conforme a la *Ley Federal del Derecho de Autor* (México).

Índice

Haikú

Cielo pintado.....	5
El silencio en las estrellas	6
Eco en la lluvia	7
Tu voz	8

Poesía

20 años te esperé	11
-------------------------	----

Microrrelato

El lector	14
Mis problemas	15
Arácnidos	16

Cuento

La verdad que nunca dijimos	19
Un adiós	22
Señales nocturnas	23
La casa del bosque negro	25
El sol	27

Prólogo

Quienes somos profesores de educación básica o media superior conocemos la chispa de la literatura escrita por jóvenes; y a veces reconocemos en sus plumas cómo aquellos textos que nos ofrecen con dudas antes de salir al receso tienen el potencial de volverse un incendio en el futuro.

En cada haikú de esta antología hay ciertos instantes suspendidos como una rana antes de entrar a un estanque; los microrrelatos tienen esa sorpresa en pocas —a veces en cuatro— palabras; en cada poema encontramos las emociones que les conmueven; y, finalmente, los cuentos son mundos que no se agotan. Estos textos les pertenecen a voces en formación que nos encantarán leer en algunos años si deciden entrar al mundo de la Literatura.

Como diría Michèle Petit: la lectura y la escritura son refugios simbólicos, lugares desde donde se construye una identidad y se amplían los horizontes de lo posible. Que este libro sea un refugio para ellos y, esta antología encarna justamente eso: el gesto de apropiarse de las palabras para transformar el mundo, aunque sea en lo pequeño.

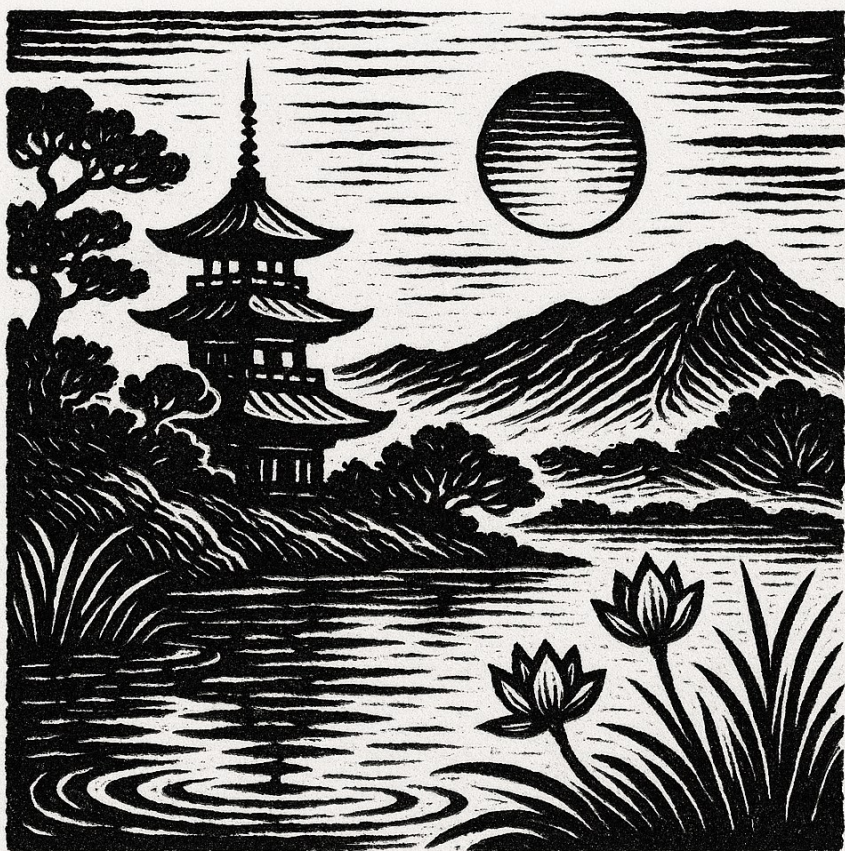
Me siento honrado de la invitación de la Mtra. Imelda Quezada para prologar este libro. Ella siempre ha tenido grandiosas iniciativas para promover la literatura en los jóvenes, sobre todo en los estudiantes de la Escuela Secundaria Técnica 45. Imelda es de esas personas con una mirada atenta para encontrar dónde la palabra se vuelve arte.

Lo que aquí se ofrece no pretende ser perfecto; pero sí son

fragmentos de vidas para resistir al silencio al que obligamos a los jóvenes. Esperemos que este libro sea uno de muchos más que recuperan la voz de los jóvenes en torno a la literatura.

Dr. Ángel Galindo

Haikú



Cielo pintado

Ana Paola González Ramírez

Tras la tormenta,
puente de colores,
el sol renace.

El silencio en las estrellas

Giselle Karolina Gutiérrez Valdez

Brillan los sueños,
las estrellas se pierden
en el silencio.

Eco en la lluvia

Amara Danae Rodriguez Rojas

Lluvia en cristal
susurra el viento,
nadie responde.

Tu voz

Natalia Vicencio Lizárraga

Como refresco
me burbujan tus
bellas palabras.

Poesía



20 años te esperaré

Brihanna Feria Rodríguez

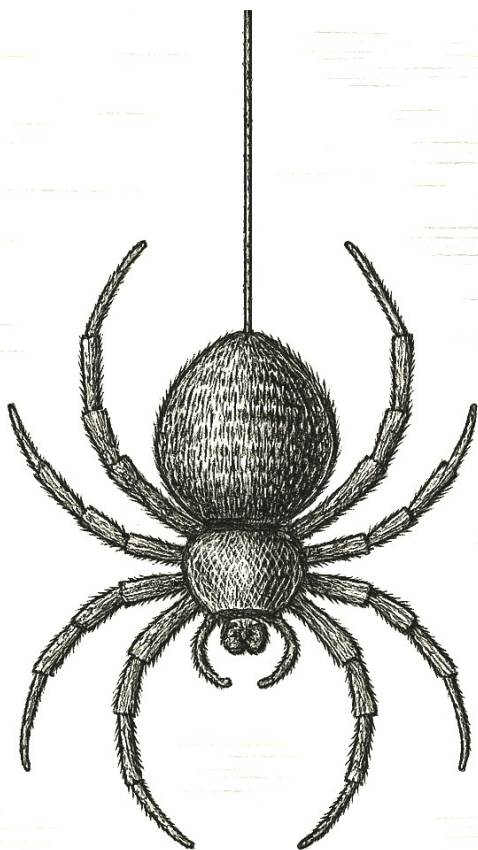
La tela que tanto tejo y destejo
es un reloj que marca el tiempo en tu ausencia.
Ya son 20 años que sólo sueño con tu reflejo.
Hasta que hoy, al fin siento y veo tu presencia.

¿De verdad eres tú?
¿Los dioses mis plegarias han contestado?
Estás diferente, cansado, roto y delgado.
Pero al fin, mi marido a mis brazos ha regresado.

Siempre te he pensado.
Siempre te he amado.
Siempre te he esperado.
Siempre he sido fiel.
Siempre seré tuya.

Hace tanto te fuiste, pero me mantuve firme.
Por ti, siempre esperando.
A que en nuestra cama llenes el espacio que has dejado y,
que me des el beso que 20 años he esperado.

Microrrelato



El lector

Romina Isabella Zambrano Arce

Érase una vez, un pueblo que había pasado por cosas horribles, dragones, ladrones, piratas y no sabían qué hacer. Un día todo prosperó: riqueza, cosecha, fama. “La metrópoli del mundo”. Entonces, llegó el narrador y cerró el libro y todo el pueblo fue consumido.



Mis problemas

Natalia Vicencio Lizárraga

“Anoten este problema en el cuaderno” —dice el profesor de matemáticas.

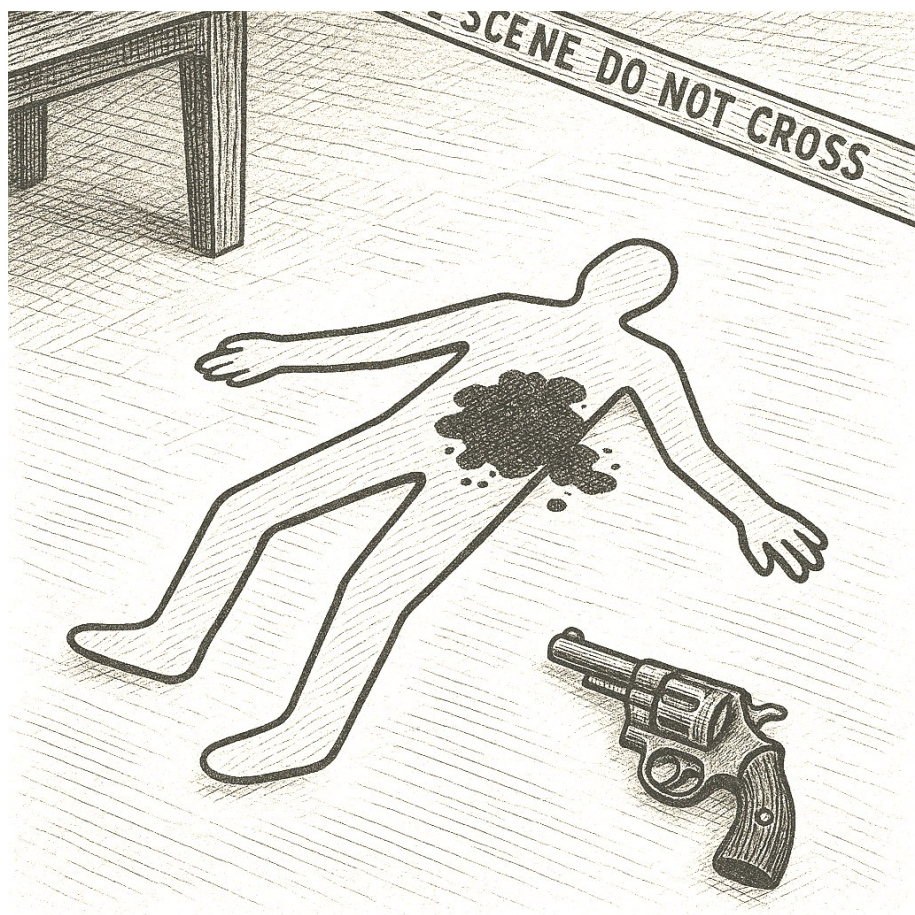
¡Ya basta, hartó estoy ya de que todos me den sus problemas y que nadie resuelva los míos! —respondió el cuaderno.

Arácnidos

Ivanna Isabella Jiménez Munguía

Una picadura y
después se colgó.

Cuento



La verdad que nunca dijimos

Dara Luciana Rodriguez Rojas

El día que lo conocí fue un martes nublado de abril. Siempre pensé que los amores verdaderos empezaban en primavera, cuando las cosas florecen. No cuando todo parece a punto de morir.

Se llamaba Xaden. No como los de los libros que leía, sino como alguien que realmente existía. Llegó como el nuevo del instituto, con una mochila color rojo y un cuaderno lleno de poemas. Nadie sabía nada de él, y eso fue lo que me atrajo.

Un día, mientras yo estaba en la biblioteca se me acercó y me dijo: –Parece que te escondes en las palabras. ¿Quieres que me esconda contigo?

Desde ese día, no nos separamos.

Xaden era una contradicción constante. Era dulce, pero con una oscuridad en los ojos que a veces me asustaba. Me contaba historias fantásticas sobre su infancia, sobre cómo había vivido en Alemania, en Inglaterra; en sitios que solo conocía por postales. Y yo le creía, porque lo amaba.

Todo se rompió en diciembre. Un mensaje. Solo uno, en su celular, mientras él se duchaba. No quise mirar, pero lo hice. Era una conversación con otra chica, con fecha desde antes de conocernos. Decía que “todo iba según el plan” que “la otra ya estaba cayendo”. Esa “otra” ¿era yo?

La confrontación fue un desastre. Me gritó que no entendía nada. Que no debía hurgar. Que el pasado era una cárcel. Que sí, me mintió, Pero que me amaba de verdad. Que ahora era distinto.

—Me gustaba la persona que creí que eras, Xaden.

—Y a mí también me gustaba más cuando fingía serlo —me respondió, rompiéndose por dentro.

Lo dejé. No supe si con más rabia que dolor. Me encerré en mí misma. Lo bloqueé de todo. Lo borré de mis cuadernos, de mis poemas, de mis pensamientos.... aunque jamás pude borrarlo del corazón.

Después de graduarme, me fui del pueblo, no quería estar en un lugar que me recordara a él. Sin embargo, un año después, volví al pueblo. Mi madre había enfermado, y no podía evitar volver aquel lugar que tanto me dolía, Xaden ya estaba en la escuela. Algunos decían que se había ido, Otros, que según seguía aquí, en algún rincón olvidado del mapa y de sí mismo.

Una tarde, fui a la biblioteca. Nuestra biblioteca. El libro, que solía leerme seguía ahí; dentro, encontré una carta con mi nombre: “Astrid, no te pedí que confiaras en mí. Pero lo hiciste. Y eso fue lo más bello.... y lo más más injusto. fingí alguien mejor, porque creí que sí mostraba la otra cara de la moneda, no te quedarías, y tenía razón. No quiero que me perdones. Solo quiero que sepas que contigo quise dejar de mentir, pero no supe cómo.”

Lloré en silencio. El amor no basta cuando está construido sobre ruinas. Era verdad, no se puede volver atrás, ni siquiera si una parte de ti aún quiere hacerlo.

Esa noche, fui al muelle. Lo encontré allí, como si supiera que iba a volver. Estaba más delgado, más roto.

—¿Qué haces aquí? —le pregunte.

—Esperando a la única persona que siempre amé —dijo.

—¿Por qué crees que volví?

—Porque aún duele —respondió. —Pero no te confundas, Astrid, el dolor no es amor.

Nos quedamos en silencio. Antes de irme, lo dije lo único que podía.

—Jamás busques la felicidad en el mismo lugar donde la perdiste.

—Entonces tendré que olvidarte para siempre —susurró.

Lo abracé. No por él. Por mí, porque perdonar a veces no es volver, sino dejar de cargar con lo que nunca fue tuyo.

Esa fue la última vez que lo vi.

Un adiós

Melanie Lucero Márquez Hernández

¿Cómo comenzar esta historia sin mencionar el final?, tal vez todavía no lo hay.

Carlos era un adolescente con un atractivo particular, era muy alto, moreno; nariz grande, ojos café oscuro; peinado de librito y un encantador humor. Él era y un año mayor que Melina; ella una niña un poco reservada y con algunos era risueña y alegre. Él ya se iba a graduar, pues se conocieron unos meses antes y se sorprendieron de lo mucho que tenían en común: los cantantes, los gustos, incluso el humor.

Conectaron rápido, lo que causó que tuvieran una chispa, no amor porque ¿cómo alguien de 14 y 15 años pueden amarse? Se gustaban y lo sabían, pero ninguno lo decía. Así duraron hasta su último día en el instituto. Melina lo miró sin el brillo habitual en sus ojos y lo llamó por su apodo.

—Sainzz, me estás dejando sola, te extrañaré...

Carlos tratando de disimular con una cara triste, le dijo:

—Tranquila Melina, todo está la bien ¿Quieres rayarme la camisa? Melina con los ojos llorosos, evitando llorar, le puso con la mano temblorosa: “te voy a extrañar Sainz”.

Ella sabía que al irse él, no podrían verse más. Carlos viajaba para hacer Karting, con un sueño de entrar en FL; Melina, en cambio, quería irse a Canadá. Ella se quedó para estar con él y él no sabía. Así fue como Carlos y Melina se vieron en la salida, con un abrazo y con un beso se trataban de despedir. Aunque no fue su fin.

Señales nocturnas

Alexa Yamilet Briseño Carillo

Mi hermano desapareció hace 2 años. Solía soñar con él a diario, e incluso diría que me daba señales de dónde encontrarlo. Pero, dejé ese pensamiento atrás hace algunos meses. Lo único que nunca saqué de mi cabeza, fue la vez que mencionó 3 palabras: “Asesinato, callejón y...”, la última palabra era barrosa, parecía iniciar con la letra B, pero no lograba recordarla.

No podía dormir aquella noche, a diario pensaba en él y en la posibilidad de volverlo a ver. Los recuerdos azotaron mi mente, por lo que cerré mis ojos y alrededor de la 1:00 am logré quedarme dormida.

Desperté por una voz: “Corre”. Parecía un eco. Tardé en reconocer, que, esa voz, estaba en mi cabeza: “Él te espera, encuéntralo ya”. Ahora, era casi un susurro. Comencé a asustarme y corrí, cada vez más rápido. No sabía dónde me encontraba, a pesar de sentir que ya había estado ahí. A mi alrededor solo había oscuridad y un callejón sin fin. Corrí hasta ya no poder más y, cuando paré, vi un letrero viejo y empolvado: “Boulevard”. “Quizás es el nombre del callejón”. Pensé. De pronto, una mano helada tocó mi hombro. Al girar, me encontré unos ojos vacíos, su piel era pálida y tenía muchas heridas. Se parecía a... “¡No puede ser, es él!”

“¡Despierta! ellos me encontraron.” Desperté empapada en sudor y miré la hora: 1:30 am. Mi celular sonó, Tardé unos segundos

en reaccionar, pero al final contesté: “Buenas noches, Hablamos de la estación de policía. ¿Es usted la señorita Brooke?”.

“¿Qué? ¿La policía? ¿ahora?”.

“Claro, soy yo. ¿Qué sucedió?”. Respondí, un poco preocupada.

“Bueno... su hermano fue encontrado en el callejón Boulevard hace media hora, él... está muerto. Lo siento”.

La casa del bosque negro

Carlos Leonel Valencia Noriega

Suichi tiene 16 años y llevaba solo unos meses viviendo en Alemania. Su padre había conseguido un trabajo como investigador en Friburgo, y por eso se había mudado a una antigua casa al borde del Bosque Negro, una zona cargada de leyendas, niebla y secretos.

Después del primer día, Suichi sintió que algo no iba bien. Por las noches, la casa crujía como si alguien caminara por los pasillos. Su habitación estaba en el ático; tenía una pequeña ventana que daba directo al borde y, cada madrugada exactamente a las 3:13, escuchaba un suave golpe en el vidrio, pero al mirar nunca veía a alguien.

Una tarde, mientras exploraba el sótano, encontró una trampilla bajo una alfombra vieja. Al abrirla, descubrió unas escaleras de piedra que descendían a lo desconocido, Suichi era valiente por lo que decidió bajar con una linterna.

El aire era denso. Las paredes cubiertas de humedad, parecían susurrar. Y al fondo encontró una puerta de hierro oxidada con símbolos tallados en alemán antiguo y, uno de ellos, se parecía al nombre de su familia.

Al tocar la puerta, se abrió lentamente, revelando una habitación con espejos en todas partes. En cada uno, se reflejaban versiones distintas de él: uno con los ojos vacíos, otro con sonrisas torcidas... Y, uno a uno, le hicieron una seña para que se acercara.

Suichi, curioso se acercó. El reflejo no lo imitaba. Levantó un dedo y escribió el cristal empañado: "Ellos te observan. No saldrás".

De repente, se apagaron las luces; la linterna parpadeó. Y en la oscuridad, Suichi escuchó decenas de pasos acercándose... Cuando él despertó, estaba en su cama. Era de día. Todo parecía normal. Excepto por una cosa: su reflejo no lo seguía. Se quedaba ahí, sonriéndole. Esperándolo.

El sol

Ivanna Yadhira Rodríguez García

Estaba corriendo directamente hacia mi tumba, sabrá en lo que me estaba metiendo, sabía que me podía matar, pero no me importó, lo seguiré a donde Él vaya.

Seguramente Liz pensó eso cuando decidió quitarme la pistola de la mano. Vi sus ojos, estaba muy decidida, como siempre había sido.

Sentí la lluvia como alfileres de hielo penetrando mi piel y ropa. Mi rostro estaba tenso al recordar ese momento, era un completo desmadre, el olor de la casa se había impregnado en mi nariz haciéndome imposible olvidarlo. Él me repugnaba, pero la escena era exquisita.

Me arrepiento de muchas cosas; ella no debió estar ahí en ese momento, debió irse directo a la escuela, no se debió ver mi desesperación, no era su culpa que Él fuera así; al igual que no era su culpa, que yo me rindiera.

Caminaba sin rumbo por la banqueta hasta que vi un parque, a lo lejos, en el que podría tratar de liberarme, necesitaba despejar mi mente, si no podía con la situación desde un inicio, ahora mucho menos. Me sentía exhausto, siempre había pensado en cosas bizarras y extrañas, pero no me creí capaz de recrearlas.

Me desagradaba sentirme así

Mi mente jugaba conmigo: sentía mis manos temblorosas; mi cora-

zón comprimía mi pecho con su intensidad; mientras, que mis ojos desenfocaban los árboles a mi alrededor. Miré mis manos dándome cuenta de su tranquilidad, ni un solo movimiento. Mi mente jugaba conmigo haciendo que me cuestionara el verdadero motivo de mi pánico.

Aún tenía la sensación de su calidez en mis manos, contrario a la fría lluvia cristalina. Estaba tan desesperado que ya no tenía el control de mis acciones, había perdido por completo el control. En ese momento Liz me había sacado de ese bucle, ese frenesí en el que estaba, pero: ¿QUÉ SE SUPONÍA QUE DEBÍA HACER? –Maldita sea– susurré.

Solo en mi niñez me había sentido así, solo con Él: cuando me perdí en una plaza; cuando me enojaba; cuando Liz tenía 7 años y se perdió estando a mi cuidado o cuando me defendí por primera vez de Él.

El pánico me arrebató la fuerza de las piernas obligándome a sentarme en cuclillas sobre las raíces de un árbol; mientras que el arrepentimiento, me con sólo su mano pesada en mi espalda. Yo siempre la abandoné cuando ella me sostenía.

Me desgarraba el pensar: me sentí en una pesadilla, me convertí en una pesadilla. La vulnerabilidad me consumió postrándome ante ella. Mi cerebro jugaba conmigo creando una película de Él: cada suspiro, cada mirada, cada grito, cada mentira y cada anhelo suyo.

Demandé sentirme bien, recordado cómo actué, porque finalmente ACTUÉ. Año tras año, solo lo pensaba, hasta que colapsé eufórico. A penas el alivio me acarició suavemente, el rostro esperanzado de Liz me golpeó directo al estómago, haciéndome vomitar arrepentido. Él era lo peor, era la pesadilla, era el “lunático”; “el in-

servible de mierda” (siempre me decía así); el puerco que maté por destrozarnos durante años, satisfaciendo su persona. A nadie le interesó, aunque lo más importante para nosotros, fue esa acción.

Me sorprendió su arrebato, pero cuando “eso” pasó ella me ayudó, ese día comprobé que Liz siempre estará para mí, como yo estaré para ella, incluso si no fuera mi hermana, ella es la persona más comprensiva que conozco, haría cualquier cosa por ella.

Jamás la lastimaría

En ese momento fue donde me di cuenta de mi capacidad, de la persona en lo que me había convertido, no solo podía salir de mi casa o conducir un carro, era capaz de hacerle frente a Él, el creador de toda nuestra miseria y desgracias.

Es absurdo... pero aún no puedo decirle “padre”, siento que no tiene derecho a ser recordado así. Incluso, a mis 34 años prefiero decirle “Él”, como si fuera tan fácil drenar mi sangre cambiando una palabra.

Recuerdo que tenía unos 16 años “la primera vez que me defendí”, fue irreal, hice muchos planes con base a mi ira, pero siempre pensé en Liz por encima de cualquier cosa, solía temblar solo pensando en Liz, como la afectaría. El día que lo pude “admirar” más, tenía 18 años. Liz jamás me culparía o me delataría, pero yo siempre me culparía porque ella vio todo.

A Él siempre lo describían como una persona brillante e inteligente y por una vez en la vida, admiré que soy, y fui, un genio a comparación de Él; por otra parte, pude admirar con satisfacción su brillo interno al ver el “solomillo”.

Antes, durante y después

Se suponía que Liz iría a la escuela, apenas pasaron 3 minutos se me acercó y empezó a alzar la voz, claramente le habían gritado en el trabajo o algo le dijeron. Lo que significa que se desahogaría conmigo y no con ella. Pensaba escuchar pacientemente e ignorarlo como siempre, pero se sobrepasó, agarró su taza de café y la tiró al piso. De inmediato reaccioné al sonido mirando la taza, inmerso en muchos recuerdos de situaciones IGUALES, para luego (siempre lo hacía) tomarme de la ropa y casi arrancármela.

Pasaron dos segundos pasaron y corrí a la cocina, tomé el cuchillo y se lo lancé, no demostraba ninguna emoción y tengo la teoría de que he sentido el miedo suficiente para una vida entera.

Lo agarré desprevenido, ahora Él era el desesperado, tomé otro cuchillo, pero este era para la “suculenta carne en su jugo” de mamá, corrí hacia Él y me intentó aventar, lo primero que encontró (fue un mantel de la mesa que me hizo cosquillas).

Claramente Él era un “hombre fuerte”, alguien muy valiente y bla, bla, solía tener un arma en su cajón (si bien recordaba, la última vez que la vi tenía 8 años) efectivamente tenía razón, como últimamente pasaba.

Me tomó del brazo y me llevó al cuarto (COMO SIEMPRE LO HACÍA) olvidando por completo que aún tenía el cuchillo en mi mano, cerró la puerta y me dejé llevar, entre un frenesí del que creí nunca salir mi mirada era muy tensa, “firme” como le gustaba, no tenía dudas, no tuve problemas y jamás los volveré a tener.

Para cuando Él se dio vuelta le apunté con la pistola, me miro

tan solo 2 segundos y volteó hacia abajo, sentí un inmenso asco, ¿a Él le tuve miedo toda mi vida? Mi rostro demostraba repulsión mientras le ordené que se acostara en la cama, él lo pensó y yo también (si lo haría, pero estaba pensando terminar con esto, no prolongarlo).

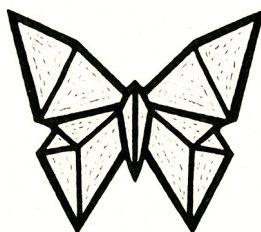
Pasaron 3 minutos desde que Liz se fue; 5 de irnos al cuarto y, 7 minutos, disfrutando “quemar las cartas”; 15 minutos de frenesí, hasta que le disparé para “cerrar el ciclo”. Pasaron 2 minutos, Liz regresó (sabrá Dios ¿por qué?) y me encontró lleno de sangre con la pistola en la mano saliendo del cuarto.

Cuando la vi me paralicé, mi rostro se tornó la ejemplificación del pánico, Liz parecía aliviada (muy aliviada, después me contó que cuando escucho el disparo creyó que las cosas habían sido al revés), soy una persona poética y he estado pensando “en mí” últimamente. Dejé que me arrebatara el arma, la miré con preocupación y remordimiento. Ella estaba feliz, recobró la esperanza que había perdido a los 6 años, (en ese momento no lo vi así, pero gracias a mí ella empezará a ser feliz), no quería mancharla y solo le dije —Te amo— para luego irme de la casa, caminé mucho y repasé todo en mi mente; al parecer mi mente creyó que me moriría porque vi mi vida durante todo el recorrido, vi un parque, me senté en las raíces de un árbol, el sonido de la lluvia taladraba mi cabeza (llevábamos casi todo el año con lluvias) iba perfecto con mi “ataque de pánico”, así le decía la terapeuta.

En el parque pensé, repasé todo y me desesperé sintiendo mi cabeza arder en temperatura (aún tengo marcas de arañazos en mi brazo de ese día). : Una vez, que más o menos me pude calmar para poder pronunciar una palabra, marqué al teléfono de Liz, aún con escalofríos, ella no contestó, me sentí aún peor. Pasó media hora,

devolvió la llamada y me ordenó regresar a la casa sin olvidar decirme que comprara unas cosas en la tienda.

Cuando llegué ella estaba cocinando con una gran sonrisa, la música sonaba a todo volumen, todo en el comedor estaba acomodado y al asomarme al cuarto de Él las cobijas estaban intactas de toda impureza o pecado. Gracias a ELLA pudimos enterrar ese recuerdo y a nadie más le interesó.



Este libro se compuso en Times
New Roman y se terminó en su ver-
sión digital para la Asociación de
Literaturas Especializadas A.C., en
Guadalajara, Jalisco, México, en
agosto de 2025.